

Una chica misionera en la Semana Santa

“Lévame donde los hombre necesiten tus palabras, necesiten tus ganas de vivir, donde falta la esperanza, donde falte la alegría, simplemente por no saber de ti.”

Así dice una canción que ha sido esencial para todos nosotros durante estos días de misiones, una canción que íbamos gritando por todas partes, y que tiene mucha razón. Porque a eso hemos ido, a llevar el mensaje de Cristo a los demás, a darnos a nosotros mismos. Y su mensaje es amor, y el amor no se expresa sólo con palabras, sino en acciones, por eso no es importante el número de personas que hemos llevado a misa, o el número de horas que hemos hablado con ellos, ni siquiera lo que les hayamos dicho. Lo importante es que hemos estado, nos hemos dado, hemos acompañado a Don Antonio, y a todo el pueblo y hemos llevado ese amor.

Yo estaba algo decepcionada porque unos jóvenes nos habían prometido que iban a venir a la adoración y al final no aparecieron pero el último día cuando ya nos íbamos una de las cocineras que nos despedía entre lágrimas nos dio las gracias porque le habíamos dado el cariño que ella necesitaba, y que llevaba tiempo sin recibir, y fue ahí cuando entendí cual había sido mi misión, nuestra misión, porque a eso habíamos ido a llevar amor, a llevar a Dios, a prestarnos como instrumentos para que Él pudiese alegrar el corazón de aquellos que lo necesitaban, a ayudarle a llamar a las puertas, a ayudarle a llamar a los corazones en los que Él quería entrar. Y con una sola sonrisa de alguien que hayamos conseguido ya valió la pena nuestra misión, ya valió la pena todo.

Ha sido una experiencia maravillosa, porque me sentía rodeada de niños y niñas que piensan igual que yo, porque te das cuenta que no eres el único bicho raro del mundo, porque todos teníamos algo en común, a Dios, y unas enormes ganas de llevarlo a todos lados, y darle a conocer, y por eso todo era un ambiente de cariño, de generosidad, de buenas caras, daba gusto estar ahí en ese polideportivo, donde dormíamos todas, tanta servicialidad por parte de todos, de las consagradas que se han venido con nosotras a dormir en el suelo, para hacer posibles estas misiones, las colaboradoras que han dado un año

de su vida por Cristo y por nosotras, y también las responsables que han venido a ayudarnos y que nos ayudado tantísimo con su ejemplo. Un ambiente de alegría, con Raddek siempre animando con su guitarra y su armónica y los chicos guitarristas que no eran pocos. Y es porque Dios está ahí, en cada uno de los misioneros, y se le ve con mirar a los ojos a alguien, al ver sus acciones, y yo he podido verle reflejado en muchas personas a las que admiro.

Creo que no encuentro una mejor manera de pasar la semana santa que de misiones, porque no hay nada que llene más el corazón, pues parecía que íbamos a darnos a los demás y a misionar, pero yo personalmente creo que he recibido infinitamente más de lo que he podido dar, y vuelvo a casa con una gran sonrisa, con el corazón desbordado, y con muchas ganas de seguir llevando ese amor por cada lugar que vaya.

No soy la misma persona que hace una semana, porque ahora me he dado cuenta que todo se puede, que Dios no se deja ganar en generosidad, porque cada vez que intentamos dar, Él nos da mucho más, me ha ayudado a valorar mi fe, porque nos acostumbramos como alguien me dijo a ver el crucifijo todos los días pero no nos damos cuenta del enorme acto de amor que hizo por cada uno de nosotros, porque ahora sé como dijo el padre Justo que nunca pero nunca estaré sola, porque quien cree que Cristo ha resucitado nunca se sentirá solo, pues Él ya ha pasado todo por lo que nosotros hemos pasado y cuando nos sentimos solos ante cualquier dificultad deberíamos recordar estas palabras y pedirle que nos ayude a cargar nuestra cruz, y abrazarla, las cruces hay que abrazarlas, como Él hizo.

Sin embargo no hay que olvidar lo más importante, como me dijo una responsable, ha sido una maravillosa oportunidad para acompañar a Jesús en sus momentos difíciles, para vivir la semana santa cerca de Él, y no dejarle solo, consolar ese corazón que muere por nuestra salvación, porque nada habría valido la pena, si Cristo no hubiera resucitado nada de esto tendría ningún sentido. Me siento muy afortunada de ser católica, de sentirme tan amada por Dios y ver a tantos como yo que sienten lo mismo, me recuerda, que de verdad se puede cambiar el mundo, empezando por nosotros mismos, cada uno tiene que aportar su granito de arena. Ha sido la mejor Semana Santa de mi vida, y es muy difícil expresarla en palabras, esto sólo es una pequeña parte que sale de mi corazón. Y por eso quiero dar gracias a todas las personas que han hecho posibles estas misiones, a Jorge Barco, a todas las consagradas y consagrados, a las colaboradoras y colaboradores, a las responsables, al párroco Don Antonio y a las cocineras, además de a las monjitas que nos han acogido con tanto cariño, y por supuesto a JESÚS.